

En pos de una historia que nunca existió. . .

GUSTAVO ESTEVA

Altos funcionarios públicos y miembros del *establishment* financiero y académico de México comienzan a ver con interés una obra recién publicada,¹ que se anuncia como “la más extensa y profunda jamás realizada sobre este tema en nuestro país”. Se afirma que “la amplia información que contiene la transformará en guía de referencia indispensable durante muchos años venideros”.

En contraste con esta publicidad desmesurada, el análisis de la obra pone de manifiesto que pocos textos hay de lectura tan estéril, entre las publicaciones recientes sobre el tema. Como se intenta mostrar en estas notas, si se deja de lado su contribución al análisis de nuestras estadísticas agropecuarias —lenta, farragosa, repetitiva, propensa a la proyección especulativa, pero a final de cuentas útil—, sólo queda un catecismo monótono y obsoleto. Parece incomprendible, en realidad, que a estas alturas de la historia, en la era de la tecnoelectrónica y el *food power*, en el marco de los nuevos espacios estratégicos del poder mundial, cuando se despliega con vigor el esquema del “capitalismo científico trilateral”, haya todavía voces que emergen de un academismo especulativo y trasnochado, para encaminar almas hacia el pasado, en pos de una historia que nunca existió.

A pesar de estas características de la obra, existe el peligro de que se convierta, como su publicidad sugiere, en una especie de guía. Ello puede ocurrir porque la debilidad científica de la obra de Yates parece compensada por su compromiso ideológico: sirve a propósitos de hoy, a los intereses económicos y políticos concretos de grupos que pueden emplear en su provecho mercancías de esta clase. En tales circunstancias, la ciencia social no puede alzarse farisáicamente de hombros cuando son lanzadas al mercado, una vez que las identifica como instrumentos de la propaganda reaccionaria. Es preciso convertirlas en objeto de estudio y procurar su análisis sistemático, para avanzar en la construcción de una auténtica fuerza teórica, o sea, de una práctica transformadora.

EL HOMBRE. . .

“Los temas desarrollados en este libro —dice el Dr. Yates— están basados en el conocimiento y comprensión de la naturaleza humana” (p. 940). No le parece que ésta sea necesariamente eterna, aunque hasta ahora hayan fracasado los intentos de cambiarla. Tampoco pretende, en todo caso, discutir la gravísima cuestión metafísica de que ello pueda ser posible o conveniente: da por sentado que la naturaleza humana no sufrirá cambios significativos en el horizonte de su análisis —unos 15 años—, por lo que sugiere tomarla “tal como es”.

El hombre, considera Yates, es un impenitente individualista. “No le gusta someterse a la autoridad. . . Piensa fundamentalmente en sí mismo y en su bienestar y también, aunque en menor grado, en su familia. Lucha por obtener dinero, tierra, prestigio y poder, para lograr satisfacer su ambición personal. Raramente está socialmente motivado o preparado para trabajar por los intereses y fines de un grupo, o, dicho en forma más precisa, para dar prioridad a los intereses de la sociedad sobre los suyos propios”. Todo esto,

piensa Yates, “es lamentable, pero es un hecho” (p. 919). “Tenemos que tomar al hombre tal como es. Tenemos que reconocer —agrega— que sus acciones están orientadas hacia sí mismo, que cualquier ambición y dinamismo que pueda tener es para su desarrollo personal. . . También la pereza es inherente al hombre. . . puesto que no es altruista. . .” (p. 919). A Yates le parece que, “teniendo en cuenta las características de la naturaleza humana como se presentan, la gran mayoría de la población quiere mejorar sus circunstancias materiales personales. . . Todos desean poseer un mínimo de propiedad y bienestar personales —su casa, su automóvil, su lavadora, su televisión, sus vacaciones—: su ambición es convertirse en clase media” (p. 940). Yates menciona diversos “instintos”, “propensiones”, “aspiraciones”, “deseos”, etc., en su descripción de la naturaleza humana, e incluye en su catálogo algunas aportaciones originales en el campo de la biología genética: la “actitud emprendedora y de servicio. . . es una característica innata” (p. 108).

Una “teoría general” sobre el hombre, con rasgos como los indicados, se complementa en la obra de Yates con una “teoría particular” sobre el mexicano y otra, aún más específica, sobre el campesino mexicano. Entre sus contribuciones al respecto se encuentran las siguientes: los mexicanos tienen “la propensión. . . a vivir y a preferir vivir en un mundo de ilusiones” (p. 86); la principal de éstas es la de “esperar algo por nada” (p. 87). “Todos [los mexicanos] aspiran a lograr una vida mejor. . . aunque en algunos casos ese sentimiento sea débil e incierto” (p. 501). “Muchos [de los campesinos] son trabajadores mediocres, o menos que mediocres” (p. 921). “Nadie sabe si el campesino realmente prefiere el ocio o si trabaja poco porque se encuentra debilitado. De una cosa podemos estar seguros: . . . se tendrán que llevar a cabo cambios en la propensión a la ociosidad” (p. 119). Aunque no cree que los campesinos posean una “naturaleza humana” diferente de la de los demás seres humanos, “tienen una preocupación obsesiva por la posesión de la tierra. . . El campesino con su tierra es como el niño con su juguete: en cuanto aprende a hablar unas cuantas palabras estira su mano para cogerlo, gritando ‘mío’” (pp. 1068-1069).

Para que una sociedad funcione adecuadamente es indispensable, según Yates, que se ajuste a los rasgos de la naturaleza humana tal como él la describe. “Por lo que se conoce acerca del hombre y su naturaleza —sostiene— [sus] cualidades sólo alcanzan suficiente fuerza dentro de un sistema que ofrezca incentivos, oportunidades de expansión y riesgos de fracaso, todo dentro de los límites humanamente alcanzables y tolerables” (pp. 940-941). Esta definición parece todavía muy general e imprecisa, por lo que Yates considera necesario plantear el sistema que le parece adecuado de manera que no deje lugar a dudas: “Tomando la naturaleza humana tal como es, este sistema [el de economía de mercado] tiende a asegurar la utilización más eficiente de los recursos” (p. 921). Por ello, para “no violentar la naturaleza humana”, es preciso reducir al mínimo la intervención del Estado.

Yates puede admitir, con reticencias, que los rasgos de la “naturaleza humana” que él sugiere “son hostiles a la organización racional de la sociedad”, como algunos sostienen; por ello, le parece comprensible e incluso legítimo que

1. Paul Lamartine Yates, *El campo mexicano*, Ediciones El Caba-lito, México, 1978, dos tomos, 1266 páginas.

se realicen periódicamente intentos para modificarla. Lo que considera peligroso es el hecho de que, en la actualidad, “muchas gente cree que los gobiernos *pueden cambiar* la naturaleza humana en un lapso relativamente corto” (p. 1038). Yates combate con decisión y vigor tan nociva fantasía, fraguada por burócratas ambiciosos, pues no le queda duda alguna de que la fe y la creencia nos aconsejan reducir la intervención del Estado. No abriga muchas esperanzas de que esta preferencia pueda traducirse en hechos, porque considera difícil vencer la inercia actual de los aparatos burocráticos; por ello, se ocupa más bien de buscar fórmulas que hagan menos dañina e incluso positiva la intervención del Estado que las sociedades modernas parecen condenadas a padecer: que apoyen la actividad privada y aseguren el funcionamiento fluido de la economía de mercado, por ejemplo.

A medida que avanza por esta línea de reflexión, se aclaran cada vez más las preferencias ideológicas de Yates en materia social, que corresponden a su “teoría”. Su prejuicio contra la intervención del Estado parece derivarse de su afán de que se respete a la persona humana, según él la entiende: “introducir en la sociedad una organización radicalmente orientada hacia lo social, antes que la naturaleza humana haya cambiado, solamente podrá intentarse con el uso de la fuerza” (p. 938). Sugiere que la organización de la sociedad se ajuste de la manera más clara posible a los rasgos de la “naturaleza humana”, porque considera de gran importancia no “violentarla”. Pero esto tiene límites, definidos por una jerarquía de valores. “El hombre no es un ángel —se lamenta Yates—; su individualismo, que puede ser creativo, también puede tener aspectos nocivos”. Por ello se siente obligado a admitir la necesidad de establecer ciertas “normas para evitar... que el hombre explote a su prójimo” (p. 1069). Hace falta, incluso, ir todavía más lejos. Será necesario “violentar la naturaleza humana” cuando ello se requiera para asegurar el funcionamiento de la economía de mercado: “para volver productiva a una persona... puede ser necesaria una *política de palos*” (p. 119, cursivas de G.E.).

Estas precisiones finales —que definen la escala de valores de Yates en todo su esplendor— parecían necesarias para salvar algunas contradicciones inevitables de su “teoría general”, que no siempre hace explícitas en su obra. En su argumentación, la economía de mercado, el régimen capitalista de producción, aparece como una emanación evidente de la “naturaleza humana”, en la que se refleja el interés egoísta de los individuos. Al tomarlos “tal como son”, encuentra que ese interés egoísta sólo puede encontrar plena satisfacción en el régimen de economía de mercado, por lo que condena enérgicamente cuanto obstaculice su funcionamiento (como la intervención del Estado), porque “violenta la naturaleza humana”. Sin embargo, cuando llegan a presentarse contradicciones entre los intereses de los individuos (“tal como son”) y los de la economía de mercado, ésta adquiere primacía: en su nombre sí parece posible y conveniente “violentar la naturaleza humana”, empleando la fuerza sobre los individuos.

Traducir “naturaleza humana” por “economía de mercado”, especificar que se trata de ésta más que de aquélla, resultaba indispensable para evitar malas interpretaciones y que alguien, llevado por el entusiasmo de la fraseología humanista de Yates, se ocupara realmente del hombre, más que del mercado. El profesor afirma que sólo por la fuerza

puede “introducirse en la sociedad una organización radicalmente orientada hacia lo social” y se muestra firmemente contrario al empleo de la fuerza... siempre y cuando no sea la que él defiende. Nada hay, en efecto, más *social* que el mercado mismo y a él está “radicalmente orientada” la economía capitalista. Como es de sobra conocido, el antiguo régimen se orientaba a satisfacer necesidades particulares o comunitarias bien identificadas, “individualizadas”, y el trabajo se organizaba en esos términos. Para crear el mercado, en los términos que exige el régimen capitalista de producción, es preciso *homogeneizar* las necesidades de los individuos y organizar *colectivamente* la producción, para fines privados. Esa transformación sólo puede operarse mediante el empleo de la fuerza: fue usada extensiva e intensivamente en la formación histórica del capitalismo y se la sigue empleando en la actualidad, por medios físicos o psicológicos, para que los individuos se adapten cabalmente al funcionamiento de la economía de mercado, lo que implica, en la práctica, adaptarse a ciertas pautas de producción y de consumo determinadas por intereses específicos. Esa fuerza se emplea, por ejemplo, para organizar *colectivamente* el trabajo en las empresas capitalistas: es una colectivización forzada, basada en la jerarquía, que sólo puede llevarse a cabo mediante la implantación más o menos violenta de condiciones objetivas que obliguen a los individuos a someterse a ella. Respecto a estas formas de “colectivización” no siente Yates el mismo rechazo que le provocan algunas otras, promovidas por el Estado o por los propios individuos, que le parecen contrarias a la “naturaleza humana”; parece convencido, como muchos otros, de que aquellas formas capitalistas de colectivización violenta constituyen el precio inevitable de la modernización. Queda así claro que la “naturaleza humana” a que se refiere Yates no es a final de cuentas la de los individuos, con sus necesidades, aspiraciones o deseos, sino la del mercado. Sólo éste le parece en realidad estrictamente “humano”: los individuos que no se comportan conforme a sus pautas tienen dosis inferiores (“débiles o inciertas”) de “naturaleza humana”; hace falta, en relación con ellos, “usar una política de palos” para completar su formación y para que encajen con la facilidad necesaria en un sistema que resulta ser la “humanidad por excelencia”, la definición misma de lo humano: el mercado.

Es posible que algunos individuos no coincidan con Yates en cuanto a esta idea de la humanidad y que no les parezca razonable suponer que es propio de la naturaleza humana aspirar a poseer una lavadora o a ser de la clase media. A otros les preocupará quizás esa cuestión de los palos y no faltarán mexicanos chovinistas que rechacen los rasgos que Yates nos atribuye; habrá incluso campesinos que no se consideren “trabajadores menos que mediocres” y que estimen poco feliz la idea de que su lucha por la tierra se asemeja a la relación de un niño con su juguete. Pero no se trata aquí de someter todas estas ideas a otros juicios de valor, de cualquier naturaleza, ni de enredarse en la discusión metafísica en cuyo ámbito sería preciso esclarecer cuestiones como éstas. Lo que interesa es precisar la función que cumplen tales ideas en el análisis de Yates: averiguar si se trata simplemente de sus opiniones personales sobre ciertos tópicos, que tiene todo el derecho de concebir y sostener, o forman en realidad la base de sustentación de su análisis, o sea, si los ha incorporado de tal manera en su trabajo que lo condicionan y determinan por completo. Si se tratase de este

último caso, como aquí se sostiene, su obra no sería un estudio de tipo científico, sino un manifiesto ideológico, en el cual, además de expresarse una subjetividad radical (cuya metafísica sería irrelevante para este comentario), se estarían reflejando intereses objetivos, cuyo sentido y orientación sería indispensable poner de manifiesto.

...Y EL METODO

Los métodos convencionales para elaborar diagnósticos, pronósticos y recomendaciones de política buscan a menudo el apoyo del análisis estadístico. Después de seleccionar algunas variables pertinentes y hacer acopio de series históricas sobre su evolución cuantitativa, se procede a estimar su comportamiento previsible en el período del pronóstico, mediante la proyección de sus tendencias. Además de herramientas estadísticas conocidas que se utilizan para el cálculo de proyecciones, se emplean otras para "corregir" —mediante diversas manipulaciones de los datos— las deficiencias que se encuentran en la información disponible.

Para avanzar por este camino, el Dr. Yates efectuó una revisión crítica de los datos de que se dispone en relación con el sector agropecuario de México, con rigor, meticulosidad y paciencia excepcionales. Pocos esfuerzos de semejante calidad se han practicado a lo largo de la historia de nuestras estadísticas agropecuarias. Por la profundidad y el rigor de esta revisión crítica, conviene tomar seriamente en cuenta la conclusión a que conduce en cuanto al estado actual de las informaciones disponibles: *no son dignas de crédito*. Respecto a los censos, las deficiencias de todo tipo que encontró el Dr. Yates le parecieron tan graves, que consideró indispensable corregir las cifras mediante "ajustes arbitrarios" para darles alguna utilidad; en cuanto a los datos anuales de la Dirección General de Economía Agrícola, cuando uno los examina, dice el Dr. Yates, "entra en el reino del caos: se consignan cifras sin tomar en cuenta su factibilidad y se imprimen sin corregir los errores tipográficos" (p. 1170); en relación con otras fuentes, señala que "mientras no existan datos confiables sobre [el] particular, no hay base científica para proyecciones del consumo ni para hacer una planificación inteligente del sector agropecuario" (p. 1238). El Dr. Yates abriga la esperanza de que en su estudio se haya abandonado la etapa de las simples corazonadas, inevitable cuando se carece de información confiable, pues se considera capaz de "presentar algunas de las variables en forma más concreta", así como de "reducir... los elementos arbitrarios en las conclusiones y aumentar el grado de objetividad en la presentación de las opciones" (pp. 100-101). Sin embargo, no considera posible lograr "cálculos precisos" y piensa que "la econometría tendrá una utilidad muy limitada" para sus propósitos. Por todo ello, estima que "*una gran parte [del análisis] seguirá siendo inevitablemente asunto de evaluación y juicio personal*" (p. 101, cursivas de G.E.).

Como bien destaca el Dr. Yates, no es posible confiar en diagnósticos o pronósticos basados en la simple manipulación o proyección de las cifras disponibles, aun después de someterlas a correctivos técnicos: el margen de error resulta demasiado grande. Es ésta una dificultad que enfrentan todos los investigadores de nuestras realidades rurales. El problema de método radica en cómo superar estas dificultades, cuando se desea abandonar la etapa de las "simples corazonadas".

Algunos investigadores optan, en tales condiciones, por

concentrar su esfuerzo en la formulación rigurosa de hipótesis explicativas, de base científica, cuyas expresiones analíticas puedan someterse a los procedimientos de validación o confirmación de que dispone actualmente la ciencia, para así confrontarlas, en última instancia, con la realidad misma. En estos enfoques, la información estadística queda relegada a un papel secundario: *ilustra*, con reservas, un aspecto de la realidad, la cual se examina *en profundidad* mediante el empleo de material empírico abundante. Este examen puede aportar alguna forma de "evidencia empírica" porque se rebasa el nivel de la descripción fenomenológica, para hacer evidentes —hacer que se vean— los procesos a que se refieren las hipótesis relacionales.

Otros investigadores, como el Dr. Yates, persisten en el intento de asignar al análisis estadístico un papel central y en él concentran sus principales esfuerzos. Al hacer uso de las cifras que encuentran en entredicho —la inmensa mayoría— se ven obligados a plantear diversas reservas y a basar sus cálculos *en conjeturas o suposiciones enteramente arbitrarias* —como confiesa el Dr. Yates. No se trata ya de las correcciones estadísticas a que se hizo referencia, para efectuar las cuales se dispone de variados instrumentos técnicos. Se trata del manejo de las cifras ya sometidas a un tratamiento correctivo, que aún así resultan insuficientes o dudosas. Se hace necesario, entonces, compensar sus limitaciones con otros instrumentos lógicos o técnicos, que adquieren así una importancia decisiva: el análisis estadístico se sustenta en ellos, no éstos en aquél. Ello no sería, en sí mismo, motivo serio de preocupación, si el procedimiento desembocase de todas maneras en el primer enfoque, para ajustar el análisis a una metodología científica.² El problema surge por el papel que a pesar de todo se sigue asignando a la estadística, como si pudiese fincarse en ella toda explicación, de tal modo que la investigación comienza a abandonar el terreno científico y se transforma en una cuestión de juicio personal, de ideología, de concepciones *a priori* que funcionan como prejuicios. La "evidencia empírica" que puede fraguarse en tales condiciones se convierte en un interrogatorio de tipo policiaco, con respuestas prefabricadas, ejercido por medio de las técnicas características del turismo académico: el investigador pregunta al azar lo que ya sabe; el informante responde, ladinamente, lo que el investigador desea escuchar. Aun cuando resultase cierto que las cifras obtenidas con este tratamiento "pertenecen mucho menos al campo de la *ciencia-ficción* que aquéllas con las que estábamos trabajando anteriormente" (p. 262, cursivas de G.E.), como afirma el Dr. Yates, *el problema es que se sigue operando en el terreno de la ciencia-ficción: no importa "cuánto más" o "cuánto menos"*. Y ésta no puede conducirnos, por imaginativa o afortunada que sea, al *conocimiento* de nuestra realidad. A menudo es más pobre como guía de una decisión

2. Como es obvio, ninguna estadística puede prescindir de la teoría. Todas las técnicas de recopilación y elaboración estadística tienen que sustentarse en un marco teórico. De hecho, la falta de confiabilidad de las estadísticas agropecuarias mexicanas no se debe tanto a las deficiencias de los procedimientos de captación y elaboración, que son muchas, como a sus debilidades teóricas. El Dr. Yates menciona casos muy graves de inadecuada conceptualización y de diversas pifias teóricas que afectan, muy severamente, la calidad de las estadísticas. En forma congruente con su propio diagnóstico, desconfía del marco teórico como de las técnicas de elaboración, por lo que su análisis estadístico *usa* las informaciones disponibles en los términos que su "teoría" y su lógica exigen; así, sus cuantificaciones dependen de éstas más que de aquéllas.

concreta que las “simples corazonadas” —muchas de las cuales se apoyan, sin mayores pretensiones académicas, en un modesto conocimiento empírico de gran valor.

El trabajo del Dr. Yates se ubica en una corriente del análisis económico que sustituye el conocimiento por las categorías y el método por las técnicas. Estas aparecen como simple expresión instrumental de aquéllas, a cuyo servicio exclusivo se encuentran. En cuanto a las categorías mismas, aunque a menudo tienen mayor densidad teórica que las del profesor, son premisas lógicas “demostradas a sí mismas en su pertinencia y significación” (como diría Hirschman) o “cajas teóricas *a priori*” (como sugiere Myrdal), que carecen de todo valor en la tarea científica. No son conceptos relacionales que puedan operar como hipótesis, para ser sometidas a la verificación empírica y ahí probar su suerte y calidad teóricas. ¿Cómo poner a prueba, por ejemplo, la idea de que el hombre es egoísta o altruista “por naturaleza”? Ningún comportamiento observable —egoísta o altruista— puede afectar el valor y el significado de la premisa, pues uno y otra se mueven en diferentes órdenes de realidad: uno físico, otro metafísico. Se trata, simplemente, de creencias, valores, postulados... No pueden formar parte del análisis científico en tanto lo que son.

En la obra de Yates, por tanto, no nos encontramos ante una investigación “objetiva” o un análisis económico de nuestras realidades, que nos ayude a entenderlas, a definir sus tendencias y a orientar nuestras acciones futuras para modificar esas realidades en función de nuestras necesidades. Se trata de un manifiesto ideológico, interesado, cuyas recomendaciones —todo el “análisis”, de hecho— se basan en un paquete de apreciaciones subjetivas indemostrables. Independientemente de su valor metafísico, filosófico o religioso, no dan para realidad física o social. Operan en el terreno de la subjetividad radical, donde “cada cabeza es un mundo”; ahí puede contar la persuasión, el convencimiento, la manipulación, la incitación a la fe..., no la información, el conocimiento, la hipótesis científica. Esto puede explicarnos, acaso, la técnica de presentación del trabajo que empleó el Dr. Yates, que incluye procedimientos de tipo publicitario, obviamente congruentes con su propósito: se trata de vender ciertas ideas, de promover su aceptación; se trata de que otros compartan los puntos de vista propios, la concepción del mundo que se tiene, los intereses que se defienden. No cabe en realidad la discusión *científica* de tales ideas, creencias, emociones. Como decía Proust: “Los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, y como no les dieron vida, no las pueden matar; pueden estar desmintiéndolas constantemente sin debilitarlas, y un alud de desgracias que una tras de otra padece una familia, no le hace dudar de la bondad de su Dios ni de la pericia de su médico”. O como decía Machado: “Por debajo de lo que se piensa está lo que se cree, como si dijéramos en una capa más honda de nuestro espíritu.”

Estos comentarios, que sólo pretenden precisar el contexto del análisis —su orden de realidad— y definir el tipo de mercancía que ha puesto a la venta el Dr. Yates, no deben llevar a una subestimación de sus esfuerzos de análisis estadístico. Su paciente y rigurosa comprobación de las deficiencias de las informaciones disponibles, que le lleva a plantear las más serias reservas sobre su uso, constituyen una contribución valiosa. Pero tampoco es conveniente sobreesti-

marla: debe tenerse presente el sesgo que se observa en el uso que el Dr. Yates da a las cifras que recopila, procesa o proyecta. Por lo que se ha dicho, no intenta conocer la expresión cuantitativa de la realidad, para entenderla o explicarla, a la luz de ciertas leyes del desarrollo social o de hipótesis sobre el comportamiento de los hombres o de la economía. Puesto que dispone de un juego de “verdades absolutas” sobre la “naturaleza humana” y sobre la organización social que le es propia —la economía de mercado— su tarea consiste en *postular* cómo debería ser nuestra realidad de acuerdo con tales ideas y persuadirnos del valor de éstas. Cuando cree que una cifra, una estadística o un argumento contribuyen a ello, los utiliza con entusiasmo y vigor. En ese caso, incluso, puede dejar de lado todo rigor y toda técnica. De la misma manera, cuando hay hechos, cifras o reflexiones que parecen estar en contradicción con sus ideas, las omite (sea cual sea su importancia), las desecha sin mayor análisis o se emplea a fondo para mostrar sus débiles fundamentos informativos.³

3. Los ejemplos de este manejo viciado de las cifras son abundantes en la obra de Yates. Puede ser ilustrativo de su “rigor” y “precisión” el caso de sus consideraciones sobre las posibilidades de expansión de la superficie de riego. Destina algunas decenas de páginas a escudriñar los cálculos del Plan Nacional Hidráulico y a plantear diversas reservas e incertidumbres sobre este “documento tan extraordinariamente informativo”, para llegar a la siguiente conclusión: “En los próximos 12 o 15 años se puede esperar que las obras de gran irrigación alcancen a beneficiar un total de un millón de hectáreas, *si todo va bien*, mientras que las obras de desarrollo rural de la SRH, junto con las actividades de riego más modestas de otras dependencias, podrían sumar otras 200 000 hectáreas, medidas sobre la misma base de superficie regada” (p. 195, cursivas de G.E.). Por otra parte, enuncia brevemente algunos obstáculos para que los particulares realicen obras de riego y le parece de interés estimar su potencialidad al respecto si se superasen tales obstáculos. Reconoce que “es difícil presentar cifras aun aproximadas, sin realizar previamente numerosos estudios y consultas”, pero no se arredra por esta limitación: “como una mera suposición, diríamos que la superficie que podría abrirse al riego dentro de los próximos 12 o 15 años, por parte de la iniciativa privada, podría sumar un total de por lo menos 500 000 hectáreas”. Esta conjetura arriesgada, sin base alguna, se plantea aquí con toda timidez (una “mera suposición”) pero a medida que pasan las frases va adquiriendo fuerza propia —aunque no se aporte ningún elemento adicional para sustentarla. Un poco más adelante se afirma ya sin titubeos: “Existe además otro potencial de unas 500 000... hectáreas que podrían ser abiertas al riego por la iniciativa privada”. Esta frase se incluye inmediatamente después de la ya indicada respecto a la potencialidad de Plan Nacional Hidráulico. Yates llega todavía más lejos. En los párrafos finales de su análisis sobre la cuestión expone sus preocupaciones sobre la posibilidad de lograr los objetivos físicos del Plan, pues “las dependencias gubernamentales tendrán que hacer un esfuerzo máximo” e incluso si tienen éxito los resultados no parecen satisfactorios. “En realidad —sostiene—, dentro de esta gris perspectiva, en cuanto a las necesidades alimentarias del país, lo indicado es reconsiderar el medio millón de hectáreas que podrían añadirse al riego por medio de la iniciativa privada... Esta actividad privada constituiría un incremento neto real en la superficie total de riego y en la capacidad de producción de alimentos del país” (p. 197). Es útil tener presente que el Plan Nacional Hidráulico, sobre cuyos cálculos e hipótesis ejerce Yates el máximo rigor para hacer evidentes sus factores de incertidumbre durante muchas páginas de análisis, fue elaborado por centenares e incluso miles de los mejores técnicos mexicanos y extranjeros, en un largo período y con todos los recursos de información disponibles. Yates admite sus estimaciones finales con reservas. Asigna, en cambio, importancia concluyente a una “mera suposición” sobre una posibilidad respecto a la cual “es difícil presentar cifras aun aproximadas”. *La conjetura parece basarse en un sólo ejemplo concreto y en ciertas vagas creencias.* Para anticiparse al juicio de los “escépticos que dirán que es un caso excepcional” (el de ese ejemplo), Yates menciona ciertos valles de Chiapas y señala: “Se cree que tan sólo en esta zona existen 200 000 hectáreas apropiadas para técnicas simples de riego, como las que utilizó el campesino del ejemplo” (pp. 193-194). Así funciona la “objetividad” de Yates y el “rigor” y la “neutralidad” de sus procedimientos analíticos.

BANDERAS E INTERESES

Este es el método de Yates. Describirlo puede acaso contribuir a apreciar el valor de su mercancía, pero no es conveniente dejar olímpicamente de lado sus ideas, insertándolas bajo el membrete de una opinión personal más que ha de tomarse o dejarse mediante su cotejo con otra opinión. Estas ideas, creencias, emociones... no pueden formar parte de la indagación científica en tanto tales, pero pueden ser su *objeto* de estudio en la medida en que son reflejos dialécticos de una realidad y llegan a manifestarse en comportamientos reales de la gente. Así es como las ciencias sociales han encontrado que no se trata de comportamientos "neutros", que pudiesen corresponder a alguna forma metafísica de existencia de la realidad social, sino de comportamientos *interesados*, vinculados a un interés, emanados de él. Es posible estudiar su dinámica en función de tales intereses y encontrar, por ejemplo, que no dependen necesariamente de las "intenciones" o de la "conciencia espontánea" de quienes los practican o defienden, que en ocasiones *creen* lo contrario de lo que piensan o de lo que hacen en realidad.

El examen de la obra de Yates permite afirmar que su visión personal del mundo, de cuyos rasgos se incluyó un breve recuento, contiene *íntegramente* sus proposiciones. Su exploración analítica es solamente la afanosa búsqueda, en un cuarto oscuro, de un gato negro que no existe. Números, análisis, conjeturas, argumentos... no son otra cosa que reflejos —brillantes u opacos, directos o indirectos, fieles o deformados— de esa imagen radicalmente subjetiva que produce la mente del profesor. Esta visión del ex-Director de Asuntos Agrícolas de la Corporación de Desarrollo Colonial de la Gran Bretaña no tendría acaso mayor interés —salvo como curiosidad psicológica o filosófica— si no fuera porque importantes grupos sociales de nuestro país parecen compartir algunas de las banderas del profesor en la defensa explícita de sus intereses económicos y políticos. Como así expresan una voluntad concreta de acción, para configurar nuestro mundo en función de sus intereses, recibirán acaso con beneplácito una obra como ésta, que parece dar sustento académico a sus planteamientos y presentarlos como fórmula global de solución de nuestros problemas, encubriendo su sesgo ideológico. Los mecanismos vigentes de manipulación, además, la insuficiente incorporación de los análisis científicos a la conciencia de la gente, podría propiciar que este recetario partidista fuese admitido por aquellos que no comparten los intereses que con él se promueven o aun por los que se encuentran en contradicción con ellos. "En la edad de los medios de comunicación social de masas, es eminentemente fácil el acto de la desinformación. Trastocar los elementos sustanciales por los aparentes es una operación casi repugnantemente simple. Las grandes mayorías desinformadas aspiran a coincidir, únicamente, con sus prejuicios. Se les proporciona —máxima sistematización del proceso de alienación—, por tanto, prejuicios. El análisis crítico se transforma en chisme".⁴

No cabe aquí intentar el análisis de las banderas del profesor, los intereses que defiende, pero no es inútil, para concluir este comentario, mencionar las principales "opciones políticas" que propone. En la época del *food power*, cuando 100 grandes empresas manejan ya la mitad de los intercam-

bios mundiales de alimentos y Estados Unidos ha advertido que los empleará como arma política, Yates considera que la meta de la autosuficiencia es una especie de neurosis de los políticos mexicanos; afirma que será imposible alcanzarla —de acuerdo con sus arbitrarias manipulaciones de cifras y argumentos— y le parece poco razonable que a los mexicanos les preocupe el tema, desde el punto de vista de la independencia política, en vista de que países como Noruega o Suiza son capaces de mantenerla a pesar de que cubren con importaciones una parte sustancial de sus necesidades de alimentos. En cuanto a la tenencia de la tierra y la organización de la producción, propone liberar a los campesinos de la "pesada carga" del régimen constitucional de propiedad social —que corresponde a una lucha histórica de varios siglos—, para configurar un régimen semejante al del *farmer*, que permita a los más "listos" y "emprendedores" (de acuerdo con su dotación genética, como ya vimos) expandirse a costa de sus vecinos sin trabas sociales o jurídicas. Curiosamente, este mecanismo se propone cuando el esquema *farmer* —que nunca ha funcionado en nuestro país— se encuentra en proceso de extinción en todas partes del mundo, pero la proposición de Yates no carece por ello de perspectiva histórica: corresponde de manera notablemente adecuada a las exigencias actuales del agronegocio, nacional o transnacional, para controlar la producción agropecuaria mediante el régimen de agricultura por contrato que promueve. En cuanto a la intervención del Estado, sugiere ponerla al servicio de las fuerzas del mercado —de las del agronegocio, para ser exactos—, negando así su razón de ser. En una etapa de la sociedad mexicana en que el Estado, más que ocuparse de la producción de bienes y servicios, necesita asumir su función rectora para orientar la producción en función de las necesidades sociales, puesto que las "fuerzas de mercado", al insertar al país en las demandas internacionales y ajustar su producción a las de un grupo privilegiado de sectores acomodados, están agudizando las múltiples crisis que ahora caracterizan nuestro proceso de desarrollo, el profesor Yates sugiere atarlo de manos, para que funcione como espectador de la vida económica o sea, cuando más, un fiel servidor de la acción privada (léase, una vez más, del agronegocio).

Ante textos como éste, que a paciencia de sus autores, ya que no a su ciencia, son empleados a menudo para oscurecer el conocimiento de nuestra realidad, resulta fundamental reiterar la importancia del análisis científico de nuestra realidad. Es éste el único remedio eficaz contra el prejuicio doctrinario y el postulado dogmático, asociados generalmente a la falacia y a la falsa analogía, las cuales caracterizan buena parte de los estudios y proposiciones de política que se plantean en nuestro país en torno a las cuestiones del campo, como ilustra ejemplarmente el texto de Yates. Día tras día se pretende que gatos de intereses económicos y políticos bien identificados circulen entre nosotros como liebres académicas, "neutras" y muy elaboradas, que habrán de resolver todos nuestros problemas; se intenta, para ello, aprovechar el hecho de que, si se vive a tuestas, en medio de la desinformación, todos los gatos pueden parecer pardos. El reino de la falacia es una expresión más de las estructuras de dominación. Develar su naturaleza, descubrir su sentido profundo, sustituir la falsa analogía por el análisis y la ideología imprecisa o dogmática por una conciencia científica de la realidad, se han estado convirtiendo en tareas elementales de supervivencia. □

4. Hernando Pacheco, "El petróleo y la inteligencia organizada", en *El Día*, México, 14 de septiembre de 1978, p. 5.